

La raíz

Mónica Ramón Ríos

Nos dijeron que yo no éramos doce cuando le nacimos a esa mujer, llenos los brazos, el pecho y las piernas de lanugo. Por la cordillera se asomaban las cuentas de oro avanzando por los fríos valles del sur de Chile. La mujer esa nos agarró del pelo oscuro, que en rizos se nos enredaban en las puntas de nuestras espaldas. Nos arrastró por los cerros y los valles hasta la rivera donde la tierra se hacía agua. Con el barro nos puso el nombre que tenía yo. Nos embutió a todas ellas que era yo en una palabra bajo el barro, la piel oscurecida bajo la humedad. Ella nos dijo que una sola éramos yo con esa tierra; llevaba su nombre y ella el mío. El lanugo y los rizos nos crecieron gruesos hasta los muslos. Dormíamos sobre ellos en los campos. Sobre ellos aprendimos a gatear. Enredándonos en ellos aprendimos a seguir a la mujer esa que andaba a pie pelado sobre el cojín de hojas camufladas bajo la pintura de tierra húmeda que llevábamos desde que le nacimos a esa mujer. Eso nos dijeron.

Ellos nos narraban nuestras historias por el otro lado de la reja de la fábrica, sus voces eran brisa sur que disolvía a ratos el olor a podredumbre expelido por las pipas que ahora se extendían por la rivera que había sido nuestra. La podredumbre, nos decían, llevaba el apellido que reemplazó en nosotros la raíz. Mientras musitaban para callado, nosotras recordábamos la primera vez que percibimos ese olor penetrante y corrupto. Fue por la época en que nos salió la cola:

Dormía sola en el cerro entre los arbustos una mañana fría, tal como nos había instruido la mujer esa. Duerme a pata suelta, decía, que esta tierra es tuya y mía, porque la llevamos en la piel. Lo único que hice